

El bulto que había logrado penetrar en la arboleda arrastrándose y sufriendo acerbos dolores de la herida, marcando su marcha con la abundante sangre que de su cuerpo manaba, se acercó a la pared del edificio, y asomó la cara por la esquina, tendido siempre sobre el suelo.

Una litera salió entonces de la casa y se detuvo en la puerta.

En seguida se vió a uno de los extranjeros aparecer conduciendo de las riendas seis caballos ensillados.

A los pocos instantes se presentaron sus compañeros custodiando al prisionero.

La mujer, que también había salido con ellos, abrió la portezuela de la litera.

El arrogante cautivo se dispuso a entrar.

El bulto, que tirado en tierra y empapado en sangre observaba sin exhalar un gemido, alargó cuanto pudo el pescuezo para reconocer a alguno.

Pero la noche estaba obscura como un terciopelo, y envolvía en espesas sombras los objetos.

De repente, y al mismo tiempo que el prisionero penetraba en la litera y se cerraba la puerta de ésta tras él, vió caer al suelo una cosa blanca.

Ninguno advirtió aquel objeto que se había caído del bolsillo del cautivo al dar el salto para entrar en la litera.

Sólo el herido tenía fijos los ojos en él.

A los pocos instantes todos estaban a caballo. El de la barba habló en secreto con sus compañeros, les dió algunas instrucciones y esperó a que partieran.

Poco después la litera echó a andar, custodiada por los cinco extranjeros y la mujer que con ellos iba.

El enorme perro de presa los seguía mirando receloso hacia todas partes.

El de la barba, al verles partir, se alejó, penetrando a poco en las calles de la población.

El hombre que tendido en tierra había estado observando, empezó a arrastrarse con dirección hacia donde estaba el objeto blanco; pero había perdido tanta sangre, que temió expirar sin conseguir su intento.

—¡Dios mío!...—exclamó con el mayor fervor aquel hombre—. Tú que ves la intención recta que me guía, dame fuerzas para llegar.

Y reanimado por aquel deseo, que debía ser ardiente, a juzgar por la expresión enérgica que se marcaba en su semblante, hizo un esfuerzo supremo, y avanzó, arrastrándose, un gran trecho.

Pero al movimiento extremo que hizo, se le abrió más y más la herida, que empezó a brotar con mayor abundancia la sangre.

Entonces se sintió desfallecer.

Se encontraba ya a pocas varas del objeto que había visto caer; fijó desde allí su amortiguada vista, y reconoció que era un cuaderno.

Un secreto presentimiento le decía que en aquel cuaderno se encerraban secretos importantes. Esta convicción le hizo cobrar nuevo vigor; hizo un extraordinario empuje, y llegó hasta donde estaba el papel. La luz del placer iluminó sus ojos, cogió el cuaderno con débil mano y fijó la vista en él. De repente sintió que se le helaba el corazón; que la sangre le saltaba, y que el velo de la muerte empañaba su vista.

—¡Morir!... ¡Morir!...—murmuró—, cuando en este papel tal vez...

No pudo concluir; sintió que las fuerzas le abandonaban; guardó el cuaderno dentro del pecho, y quedó sin movimiento.

CAPITULO VI

El Cabrío

Leopoldo pasó una noche inquietísimo, ocupado en adivinar el motivo que podía haber obligado a don Emilio a que su hermana y Clotilde no concurriesen al baile.

El corazón del que ama está siempre despierto para llorar sus penas si es desgraciado, y acariciar sus favores si es venturoso.

Su sueño es como el del febricitante; inquieto y cercado de mil fantasmas, ya risueños o aterradores, según el estado más o menos impresionado de la fantasía.

Anhelante de conocer la causa que le había robado la felicidad de respirar al lado de su amada las delicias del baile, que él había esperado como el supremo bien de la vida, y receloso su corazón por el pensamiento de un rival temible, se levantó de su lecho no bien penetró la primera luz del sol por las ventanas de su cuarto.

Aun no había acabado de vestirse, cuando escuchó la voz del criado, que preguntaba si podía pasar.

—Sí, entra.

La puerta se abrió dando entrada al mozo.

—¿Qué se te ofrece?—dijo Leopoldo viéndole llegar.

—Darle a su merced esta tarjeta, que anoche trajeron para su merced.

—¿Y por qué no me la diste entonces?

—Porque la recibí cuando su merced estaba ya acostado.

—Dámela.

—Aquí está.

—Bien.

—¿No se le ofrece nada a su merced?

—Nada; puedes irte.

—Está bien, señor amo.

Y el mozo salió, cerrando la puerta.

Leopoldo, que había cogido maquinalmente la tarjeta, al verse solo, se puso a leerla, y vió que contenía el nombre de Emilio Landeta, y que estaban dobladas las puntas en los dos lados opuestos, lo que equivalía a decir: «Necesito ver a usted pronto; buscadme en mi casa».

Un vuelco dióle el corazón en el pecho.

—¡Sin duda quiere hablarme de Clotilde, y va a exigir de mí un sacrificio!—exclamó aterrado—. Sí, esta entrevista que solicita, no puede reconocer otra causa... ¿Para qué puede llamarme a su casa sino para quitarme toda esperanza? El no haberla permitido ir al baile..., el marchar acompañado de Duval cuando ellas salían... ¡Todo, todo me hace creer que se acerca el momento de mi desgracia!...

Y Leopoldo quedó abatido con aquella idea.

Amaba de veras; amaba con todo su corazón al objeto que divinizaba; había acariciado toda su vida la esperanza de unirse al ángel cuya sola memoria embellecía cuanto le rodeaba, y temía perder en un día, en una hora, en un solo instante cuanto le hacía amable la existencia y embalsamaba sus padecimientos.

Había creído que el hombre, en el desierto arenal del mundo, podía ser tan feliz como los bienaventurados.

El cielo le había concedido la dicha de tener un Dios a quien adorar y una mujer a quien amar; y estos dos seres llenaban de una gloria superabundante su noble corazón.

Adoraba a Dios, y amaba con todas sus potencias a la mujer que ese mismo Dios, todo amor y compasión, había colocado en el camino de su vida para conducirlo por la senda de la felicidad, a otro mundo de inagotable ventura.

Leopoldo acabó de vestirse mientras bullían en su mente todos estos pensamientos.

Luego, tomando una resolución irrevocable, dijo:

—Iré primero al Cabrío, y hablaré con ella; sabré lo que se prepara contra mí, y veré de qué manera se puede conjurar la tempestad, si, en efecto, se trata de separarme de Clotilde.

Alentado con esta idea, en vez de dirigirse a la casa de don Emilio, tomó el camino del Cabrío.

Pero, mientras él marchaba acompañado de sus temores y sus esperanzas, al sitio en que esperaba ver el sér que llevaba dentro de su corazón, digamos algo con respecto a este punto en que tienen lugar los primeros acontecimientos de nuestra historia.

San Angel es una de las poblaciones más risueñas y pintorescas que rodean a la hermosa emperatriz de las ciudades del Nuevo Mundo, a la antigua Tenochtitlán, ciudad potente de los emperadores aztecas.

Bajo los pies de este poético pueblecillo, cercado por todas partes de árboles, cuyas casas blanquean como tantos nidos de palomas entre las verdes ramas de un frondoso bosque, se extiende como una inmensa alfombra de flores, la más brillante campiña, cubierta de verdura y delicadas frutas, cuyos encantos preludian en deliciosos tonos los lípidos arroyos que cruzan en todas direcciones. Su limpio cielo es un solio de zafiro; su perfumado ambiente, el que aspiraban los dioses del Olimpo; su temperatura suave y apacible como las templadas auras del Paraíso, y el sol que dora sus montañas, limpio y brillante como el fulgente globo de oro y perlas.

A este delicioso sitio, recinto que engalanó la pródiga naturaleza con sus más preciosos dones, acuden en los ardientes meses de junio, julio y agosto, las principales familias de la capital, que buscan en las deliciosas huertas y fértiles campiñas de San Angel, grato solaz y dulcísima alegría.

Los sábados, a la majestuosa caída del sol, tan bella en la región de América, cuando se oculta el astro de la luz en una oscilante tumba de matizadas nubes, vestidas con los mil colores de sus moribundos rayos, los comerciantes, los empleados, los propietarios y todos aquellos, en fin, que por sus precisas ocupaciones no pueden abandonar en el resto de la semana la capital, salen en sus carruajes y en los ómnibus de la línea, a visitar a sus encantadoras hijas, esposas y hermanas, que les esperan con la impaciencia con que el tierno amante espera la vuelta del ídolo de su amor.

Ya hemos asistido al animado baile que tiene lugar todos los domingos por la noche.

Ya ha visto el lector en ese sitio de encanto y de placer a la fina sociedad mexicana, instruída, amable y deferente; ya ha visto a las bellas hijas de este fértil suelo de amena conversación, de claro talento, lucir en el baile su diminuto pie y sus esbeltos cuerpos, flexibles como las palmeras que sombrean las fértiles llanuras de Anáhuac; a los elegantes jóvenes de cortesés modales, de cuyos labios jamás sale una palabra disonante que repugne la decencia; obsequiosos con el sexo encantador; pero sin traspasar jamás los límites del respeto y del decoro, indicando, de esta suerte, la alta idea que tenemos formada de la mujer a quien nos dirigimos y del verdadero aprecio que la consagramos, y que la juventud mexicana observa religiosamente en todas las clases de la fina sociedad.

Sería yo un ingrato si no confesase estas bellas cualidades que adornan a los hijos de este delicioso suelo, cuando tan de cerca he tocado sus agradables efectos.

No cabe en mi carácter vizcaíno, y sobre todo, español, tanta ingratitud y debo hacer justicia a una sociedad de quien he recibido siempre distinciones señaladas.

Las deliciosas mañanas, pero muy particularmente la del lunes, están destinadas a dar un paseo al pintoresco Cabrío, hacia donde hemos dejado caminando a Leopoldo.

Ved ese numeroso concurso de lindísimas jóvenes, cabalgando sobre humildes y mansísimos pollinos.

En sus negros ojos brilla la pureza; en sus hechiceros rostros la alegría más sencilla, y en sus dulces palabras su esmerada educación.

No van envueltas ahora en los costosos trajes que ostentaban en el baile. Al lujo de los salones, ha substituído la sencillez de los campos. Anoche eran brillantes estrellas que cautivaban deslumbrando; ahora son candidas flores que cautivan sin abrasar. Blancos y vaporosos vestidos de finísima muselina velan sus delicados talles. Saben muy bien que la limpieza y el aseo son, en el bello sexo, como los polos de la hermosura, y todo en ellas es puro y cándido como la nieve de los volcanes.

En medio de ellas, pero ocultando en un exterior placentero el temor y la inquietud, se ve a la hermosa Clotilde al lado de su linda protectora.

No lleva ahora ni corona de flores blancas, ni cinta punzó. Sólo adorna su pecho un botón de rosa con espinas y hojas, que mira de vez en cuando con profunda melancolía.

Junto a ella va también el lirio del Anáhuac, la simpática Luz, obsequiada por el galante Rafael y devorada por los

ojos del doctor Willey, que va haciendo esfuerzos inútiles para ocultar la ira de los celos.

Los elegantes jóvenes marchan alegres al lado de sus lindas compañeras, caballeros también sobre pacíficos asnos.

Era una deliciosa cabalgada campestre.

Las hechiceras mexicanas, respirando juventud y alegría, envueltas en finísimos trajes, más blancos que el ampo y que el rocío; recogido en gracioso peinado su ondulado y negro cabello, semioculto bajo preciosos sombreritos que velaban sus seductoras cabezas; sonriendo con la dulzura de la brisa de los campos, y aéreas y vaporosas en sus delicados movimientos, parecían una bellísima tropa de vagarosas ninfas, de misteriosas Napeas que recorrían los bosques y las florestas.

El contento era general.

Los dichos agudos y los epigramas de buen género amenizan la animada conversación, y hacen más corto el breve trecho que hay al delicioso Cabrío.

Sólo Clotilde y el doctor no participaban del común regocijo.

Willey, dominado por los celos, caminaba silencioso, abrazando mil ideas a cual más terribles para vencer a Luz y perder a Rafael, de quien se finge sincero y leal amigo.

La amistad de este hombre se parecía en sus efectos a esos bellos árboles que se encuentran en América, que convidan con su abundante sombra, y que matan al confiado viajero que, halagado por la grata frescura que le brindan con su verde y extendido ramaje, busca su amparo a los rayos de un sol canicular.

El pensamiento de la joven, por el contrario, está muy lejos de las personas que le rodean; su cuerpo está entre ellas; pero su alma ardiente y cariñosa vuela hacia el objeto de su amor, como exhala amorosa la delicada flor su regalado perfume al astro que la vivifica, mientras ella se ve precisada a permanecer sujeta al tallo en que ha nacido; sus hojas son de la tierra; y por eso permanecen en ella; pero su amor es de Dios, y por lo mismo se eleva suave hasta su trono.

—¿Quién pone a prueba la ligereza de su pacífica cabalgadura con la mía?—dijo a sus compañeras una linda, simpática y pizpireta joven, que entretenía a la concurrencia con su amena conversación.

—Yo.

—Yo.

—Y nosotras—contestaron todas.

—¡Bravo, bravo!...—exclamaron los del otro sexo—. Vamos a ver esta carrera de burros, conduciendo ángeles encima; nosotros iremos por detrás, por si algún pollino tiene la descortesía de dejar caer su bellísima carga.

Y las bellas, a una voz, echaron a correr, seguidas de los jóvenes, dando alegres gritos.

Luz, el doctor y Rafael, fueron los únicos que no tomaron parte en aquella apuesta, y que por lo mismo se quedaron atrás, entretenidos los dos amantes en dirigirse palabras de cariño, y el doctor preocupado con ideas de venganza.

—Muy callado viene usted hoy, señor Willey—dijo Rafael, viendo que no tomaba parte en la conversación.

—Es que no quería incurrir en la nota de imprudente, interrumpiendo el interesante diálogo de ustedes.

—Espero que ya le habrá dicho a usted anoche Lucecita, que estoy en vísperas de conseguir que le alcen el destierro a su papá.

—No..., nada me ha dicho—contestó el doctor con extrañeza, y fijando la vista en Luz, que se puso pálida.

—¡Cómo!—añadió Rafael, dirigiéndose a su amada—. Pues ¿no me aseguraste...?

—Es verdad..., creí habérselo dicho, porque esa era mi intención; pero seguramente se me olvidó con la música y el baile.

—Pues es un olvido que ha retardado mi felicidad—dijo Willey con hipócrita sentimiento—. Sabe usted lo mucho que me intereso por su pronto regreso, puesto que él pondrá término a ese plazo fatal que la hermosa Luz ha puesto para unirse con el mejor de mis amigos.

—Mil gracias, compañero—contestó Rafael, apretándole la mano con el más profundo reconocimiento, mientras que la joven lamentaba interiormente que su amante hubiese comunicado a aquel falso amigo lo que tanto le interesaba ocultarle. Ella estaba persuadida de que aquel hombre era un intrigante temible, y temía que destruyera con nuevas maquinaciones todo lo que su amante había conseguido a fuerza de tiempo, constancia y empeños. En su concepto, el doctor había influído en el destierro de su padre para poner trabas a su enlace, y era imposible que al saber su próxima libertad, no pusiese en juego nuevas intrigas para nulificar los pasos dados por Rafael.

¿Por qué, dirá el lector, no comunicaba la hermosa Luz a su amante estos temores, y no le tenía al corriente de cuanto le acontecía con Willey?

Parece a primera vista que este paso la hubiera salvado

de todas sus asechanzas; pero no lo creía ella así; el doctor estaba en relaciones con lo más exaltado del partido que dominaba; le había amenazado con que la vida de su padre, y aun la de su amante, terminarían tan pronto como advirtiese en la amistad de Rafael el más ligero cambio, la más insignificante acción de desconfianza y de reserva; conocía a fondo el pérfido corazón de Willey; estaba convencida de que llevaría a cabo su verganza a la menor señal, a la menor palabra que despertase sus sospechas, y esto la tenía supeditada a aquel hombre, cuya sola presencia le horrorizaba, y al que, sin embargo, estaba precisada a tratar con deferencia y amabilidad.

La cabalgata llegó, por fin, al pintoresco Cabrío, y todos descendieron de sus mansos pollinos para sentarse debajo de los verdes y copudos árboles, en que se esconde una preciosa casita, como una fatigada y cansada gacela entre la verde espesura que le brinda una sombra protectora.

Luego se dirigieron a tomar la sabrosa leche, y cada cual buscó la compañía de aquella persona cuya conversación le cautivaba.

Sólo Clotilde no encuentra otro sér que más le comprenda, que su benévola protectora.

Mira por todas partes y no encuentra al objeto de su amor. ¡Cosa extraña!... ¡Es la primera vez que no concurre a ese paseo!...

La infeliz pierde el color y se siente desfallecer.

—¿Y qué se habrá hecho de Leopoldo?—exclamó en aquel momento uno de los jóvenes—; nunca ha faltado a este paseo, y extraño mucho su ausencia.

Clotilde se estremeció al escuchar el nombre de su amante.

—Tendría que concluir algún cuadro—añadió otro—, y se habrá marchado a México.

—Eso debe ser—repuso un tercero—, porque anoche le vi muy triste en el baile, y se salió sin bailar con nadie.

Clotilde sintió que se le oprimía el corazón; las lágrimas asomaron a sus ojos, y exclamó para sí con la mayor tristeza:

—¡Marchar sin haberme visto primero!...

—Pues yo creo que anda por esos floridos bosques copiando alguna bella vista del natural, porque le vi salir de su casa esta mañana con dirección a este sitio.

La alegría volvió al corazón de Clotilde, y latió con violencia su corazón.

—¿Estás seguro de que era él?—le preguntó uno de los interlocutores.

—Segurísimo; y en prueba de que es así, míralo, allí viene—dijo señalando a Leopoldo, que asomaba a la entrada del bosque, y que se dirigía hacia ellos.

Lo que sintió la joven en aquel momento, no es dable poderlo expresar el idioma humano.

El simpático pintor saludó cortésmente a la concurrencia, y después dirigió una mirada tierna a Clotilde; fijó sus ojos en el botón de rosas con espinas y hojas, y palideció.

¿Qué había leído en él?... Había leído el prólogo de terribles desgracias para un amante que ama con todo el corazón.

Aquel botón con espinas y hojas le decía estas palabras: «temo, pero espero».

Leopoldo comprendió lo que había pasado la noche anterior, y tembló por su suerte.

Afligido con el obstáculo que se presentaba a su paso, sacó tristemente, como para limpiarse el sudor, un pañuelo azul y caña, que equivalía a decirle: «acuérdate de mí, no me olvides». Y Clotilde, dejando ver en sus ojos la expresión del amor más firme, sacó el suyo tornasolado, en que le contestaba: «te amaré aun en el sepulcro».

El corazón del joven pintor se sintió bañado por un celestial deleite, que embalsamaba con su suave esencia la profunda herida que había abierto en lo más delicado de su alma el íntimo temor.

La hermosa campiña, que pocos momentos antes se presentaba a sus ojos triste, árida y cubierta de abrojos, ahora la contemplaba risueña, alegre, engalanada de aromáticas plantas y flores que perfuman con su delicioso aroma el ambiente que respira.

Esta es la vida del que ama. Subir de un mundo de tormentos e inquietudes donde cada ligera duda es un fantasma que gira a nuestro derredor, señalándonos con su dedo las debilidades de la humanidad, a un despejado cielo de goces sin término donde todo es luz y armonía, para volver a caer de repente al antro obscuro de las sospechas donde los celos desgarran despiadados nuestro pecho.

El amor es una balsámica flor colocada por Dios en el desierto arenal de la vida. Sus celestiales y pintadas hojas, su delicado aroma, y su seductora belleza, son los deleites dulcísimos de amor, las caricias y los besos, que embriagan con el exceso de la felicidad. Las espinas de que está rodeada esa flor, son los temores, la desconfianza, el desdén del objeto amado, los tiranos celos que emponzoñan y hieren la existencia del amante.

El amor es esa alternativa de placer y de amor, de risa y

de llanto que invade el corazón, sin que le deje descansar un solo momento.

La menor acción del objeto amado, la más ligera de sus palabras, cada movimiento y cada mirada suya, preocupa de una manera poderosa el corazón del que ama, que, inquieto y cuidadoso, sigue con los ojos sus más leves movimientos, dejando ver en su fisonomía, a cada impresión que recibe, los distintos afectos que le impresionan y dominan. Para él todo entraña un pensamiento de inestimable valor y de un escrupuloso examen. Las miradas, la sonrisa, el más leve movimiento de sus labios, las palabras más sencillas, un gesto involuntario, todo lo recoge, todo lo guarda cuidadosamente. Su corazón es un amplio almacén de encontrados sentimientos, y su memoria el libro de su caja con su «debe» y «haber», donde toma razón detenidamente de los bienes y los males que se disputan el dominio de su alma.

Leopoldo, que había pasado las primeras horas de la mañana pesando la solidez de los temores y la inestabilidad de las esperanzas, al ver que su amada colocaba del lado de éstas su pañuelo tornasolado, vió correr la balanza del lado favorable, y sintió que su corazón se abría a una vida de felicidad.

—Señores—dijo uno de los jóvenes—, voy a poner a discusión un pensamiento que creo oportuno.

—Veamos cuál—exclamaron casi todos a la vez.

—Que vayamos a dar una vuelta por las huertas, y que después almorcemos en este delicioso sitio.

—Está a discusión—dijeron varios.

—Pido la palabra—gritó uno de los más festivos dando un salto.

—He pedido la palabra yo, A. B. C. D., no para combatir la feliz idea de mi digno amigo L. M. N., o sea Leonardo Martínez Núñez, sino para suplicar que el almuerzo se admita por unanimidad.

—Aprobado—gritaron todos.

—¿Hay algún ciudadano que tome la palabra en contra?

—Ninguno.

—Entonces, que se digne acercarse el autor de la idea al dueño de la casa del Cabrío, para tener la bondad de suplicarle nos disponga un almuerzo digno de las distinguidas personas con cuya compañía me honro.

El encargado de avisar penetró en la casa del Cabrío; suplicó dispusiesen el almuerzo que habían dispuesto, y a poco fué a reunirse con sus amigos, diciendo:

—Señores, a las huertas; cada caballero dé el brazo a

una señora y marchemos a gozar de los encantos de la naturaleza hasta la hora de almorzar.

Leopoldo, que estaba próximo a Clotilde, le ofreció el suyo, y la joven se apoyó en él, irradiando sus ojos de alegría.

Pocas veces había disfrutado el joven pintor de aquel placer.

Iba al lado de la mujer que amaba. Sentía los latidos de su corazón tocar su brazo convulso de amor.

—¡Ah!... ¡Cuán feliz soy ahora!—exclamó con una emoción indefinible de amor al entrar en la primera huerta a que se dirigieron.

—¿Y nunca me olvidarás?—le dijo Clotilde, enviándole una de esas miradas que encierran todas las delicias del cielo.

—¡Olvidarte!... Dondequiera que estés, aunque me separen de ti distancias infinitas, te encuentra mi corazón; porque mi pensamiento te sigue a todas partes; nos une como a un solo individuo, y confunde nuestras almas y nuestras voluntades.

—Te creo, te creo, Leopoldo.

—Desde dondequiera que esté mi espíritu, vuela siempre a encontrarte; porque la fuerza del amor le arrastra hacia un centro de atracción, que eres tú sola. Soy tan dichoso con tu amor, que renunciar a él sería renunciar a la única felicidad de la tierra; al único bien que me resta a la desgracia en que me han arrojado los hombres; porque tu amor es mi vida; es el sol de mi existencia, y jamás olvidaré que en él encontré el bálsamo consolador de mis penas, y en tus ojos el cielo de mi felicidad.

—Amame, ámame siempre así, Leopoldo.

—Siempre, Clotilde. Yo te amo, y te amaré como un corazón que sabe sentir las delicias del amor verdadero; que comprende todo el valor de tu ternura, de tu virtud y de tu amor; como me amo a mí mismo, porque eres mía, y tu corazón está identificado con el mío. Sí; y este amor será tan firme y duradero como las leyes de la creación, puesto que mi ley es amarte, y la tuya se cifra en la correspondencia de tu amor.

—¡Ah, querido Leopoldo!... ¿Por qué Dios habrá presentado obstáculos a la realización de nuestra felicidad?...—exclamó Clotilde con acento triste y conmovido.

—Para probar los quilates de nuestra pasión; todos los caminos que conducen a la ventura, tanto celestial como terrena, están sembrados de ásperos abrojos; quien está dotado de virtud y de fuerza, no desmaya jamás; marcha con la fe en el corazón, que le sirve de luz y de guía, hacia

el fin de su jornada, y al terminar la senda estrecha de los padecimientos, encuentra el ancho vergel de impercederos gozces, que le recompensa con usura de sus pasados desvelos.

—Así debe ser, sin duda.

—Y esos obstáculos que hasta hoy se han interpuesto entre nosotros, van a desaparecer muy en breve.

—¿Lo crees tú así?

—Estoy seguro de ello.

—¡Cómo!

—Hay un hombre que conoce la inocencia, la intachable conducta de mi padre, tan vilmente calumniado; del ser cuya memoria jamás se aparta de la mía, y que murió al peso de una acusación infame que no pudo soportar.

—¿Y ese hombre...?

—Lo vi ayer; está aquí, y me ha prometido revelarme secretos importantes que aproximen las distancias que nos separan.

—Me inundas de alegría el corazón con tus palabras. Pero, ¿conoces tú a ese hombre?

—Es un mendigo que me habló en el atrio de la iglesia, poco antes de que tú salieras de misa.

—¡Un mendigo!...—exclamó Clotilde, viendo desaparecer la esperanza que había concebido—. ¿Y tú das crédito a las palabras de un mendigo, que tal vez te habrá halagado para alcanzar por ese medio una crecida limosna?

—No, Clotilde; el mendigo de quien yo te hablo no puede ser una persona vulgar; sus facciones finas, sus modales urbanos, que se hacían más notables bajo los sucios harapos que le envolvían, su oportunidad y claro talento para improvisar una cuarteta bastante bien construída, todo me hace creer que ese desgraciado es depositario de grandes secretos que me importa conocer.

—Dios lo quiera.

—Pero en medio de estas esperanzas y de la confianza que tengo en la invariable firmeza de tu voluntad, un pensamiento viene a acibarar mi ventura.

—¿Cuál?

—Anoche no asististe al baile.

El brazo de Clotilde tembló en el de Leopoldo; éste notó aquel estremecimiento, que heló su corazón, y continuó:

—¿Podré escuchar de tus labios la causa que existió para ello?

—Voy a decírtela; pero antes, júrame que me crees inviolable.

—Lo juro.

—Pues bien...

Clotilde se vió interrumpida por un nuevo personaje, que en aquel momento se reunía a ellos.

Había ido al Cabrío después de la salida de la alegre concurrencia, y corrió al punto a encontrar a los que la formaban.

Clotilde enmudeció, y en el rostro de Leopoldo se dejó ver un signo de impaciencia.

El personaje que acababa de llegar era Duval.

Sospechó que su rival asistiese al lado de su amada antes de acudir a la cita de don Emilio, y no quiso dejarle disponer de aquellos momentos favorables.

—Veo a ustedes muy retirados del resto de la concurrencia—dijo, después de saludar a Clotilde con afectada galantería—. ¡Ya se ve! Irán ustedes contemplando la exuberante naturaleza; los artistas—añadió con sonrisa maligna—la saben revestir de tantos hechizos, que el señor Leopoldo le irá a usted explicando tal vez las propiedades de cada lindo objeto que se presenta a la vista.

—Precisamente le iba haciendo una explicación circunstanciada de lo que a la señorita más le llamaba la atención—contestó Leopoldo con acento significativo.

Duval se mordió los labios, y fingió no haber entendido la intención de su rival.

—Y como la señorita Clotilde—respondió con malicia—es tan aficionada a las flores...

—Sí, es cierto, me gustan mucho las flores...

—¿Sí?—repuso Leopoldo, dirigiéndose a coger una y presentándosela—. Pues aquí tengo el placer de presentarle a usted este narciso, que espero será del agrado de usted.

—Muchísimo, lo acepto con sumo gusto.

Duval malició que aquella flor era un fiel intérprete de los sentimientos de los dos amantes; pero como no podía asegurarlo ni comprendía el idioma de las flores, tuvo que devorar en silencio la rabia que le consumía.

El se había acercado para impedir una conversación amorosa, y temió que, a pesar de su presencia, no consiguiera su objeto.

Y así era en efecto.

La naturaleza es el libro de la inteligencia, el libro inagotable de los amantes; y Clotilde y Leopoldo, que habían estudiado en él y conocían las propiedades de todos los objetos de la creación, acababan de hablarse sin ser comprendidos por aquel que tan de cerca les vigilaba.

En aquel narciso le acababa de decir Leopoldo a su amada

estas dulces palabras, que tan bien suenan en el oído del amante: «soy tu esclavo».

La joven oprimió el brazo contra su corazón, y contestó, mostrándole un anillo que llevaba en el dedo:

—Quisiera hacer un ramillete que contuviese los colores de esta sortija. ¿Encontraremos flores de estos matices?

—Aquí hay—dijo Leopoldo observando el anillo—rubí, diamante, turquesa, «esmeralda y coral».

—Tal vez el señor don Leopoldo sabrá...—contestó Duval, como excusándose, para no verse obligado a separarse de Clotilde, que es lo que él creía que trataban de hacer, y ver si lograba que su rival tomase a su cargo hacer el ramillete.

—Precisamente a él me dirigía—repuso Clotilde con celestial sonrisa.

Leopoldo vió pagados con usura los inauditos tormentos que le causaba la vista de Duval.

En aquella sortija había leído este dulcísimo concepto: «te adoro y te prometo que me casaré contigo y que seré fiel esposa».

¿Qué más podía desear?... ¿Qué le importaba que le disputasen la mano de su amada, si ella le juraba no pertenecer sino a él?...

Henchido de placer con estas consoladoras reflexiones, contestó:

—Me afanaré por alcanzar el placer de encontrar lo que usted desea.

Y continuaron andando por entre flores y delicadas frutas.

Duval esperaba con impaciencia el momento en que Leopoldo se desprendiese de Clotilde para ir a formar el ramo que le había ofrecido. Pero los dos amantes eran tan felices, que en todo pensaban menos en satisfacer el deseo de Duval. La indicación de una flor, el nombre de un color, la presencia de un árbol frutal, la más imperceptible planta, todo tenía para ellos un idioma celestial.

El alma de ambos, confundida en una sola, contemplaba el bello panorama de la naturaleza, bebiendo en cada objeto una existencia de felicidad, un reguero de luz celestial en cada rayo de sol.

Cada suspiro que exhalaba la brisa, bañando la de las pintadas flores, era un canto armonioso de misterioso amor; cada gota de rocío, temblando en las delicadas gotas de una brillante rosa, un poema de rima angélico y de mirífica armonía. Embebecidos en su felicidad, marchaban sin cuidarse de Duval, a quien devoraban la ira y los celos, cuando vie-

ron que las lindas parejas que iban por delante daban vuelta hacia donde ellos estaban.

—Señores, ya es hora de almorzar—dijo el que había hecho la proposición de permanecer en el Cabrío—; dirijámonos, pues, si a ustedes les parece, hacia la campestre casita.

Todo el mundo obedeció en el acto aquella orden, que convidaba a satisfacer el exigente apetito que se había despertado con el largo paseo.

—¡Hola, señor Duval! ¿Usted por aquí?—exclamaron varios al verle.

—Sí, señores; ha sido una casualidad que ahora bendigo, porque me proporciona la dicha de estar en la apreciable compañía de ustedes.

—Pues almorzará usted con nosotros.

—Con mucho gusto.

Pocos momentos después, las hermosas y hechiceras jóvenes se sentaban alrededor de una mesa graciosamente adornada.

Los caballeros, colocados de pie, y a su espalda, pidieron licencia para hacerlo.

Obtenida ésta, por una inclinación afirmativa de las señoras, se sentaron dando la derecha a la joven a quien pidieron licencia, indicándoles con aquello este concepto: «Deseo servirle, si me lo permite usted».

Cada amable señorita admitió con otra inclinación de cabeza la galantería, y desde entonces se dió principio al deseado almuerzo.

Desde aquel momento, los finos mexicanos tuvieron buen cuidado de dirigir todos sus obsequios a la señora que le admitió a su lado, pues sabían muy bien que distraerse en su servicio y obsequiar frecuentemente a las demás, descuidando a su compañera, es emblema de grosería y de abandonada educación.

Leopoldo, que se había colocado a la izquierda de la encantadora Clotilde, y que no podía dirigirle ninguna palabra de amor, porque a la derecha de ella, y con pretexto de servir a otra joven, se había sentado Duval, tomó con el tenedor dos ricas aceitunas y se las dió con galante cortesía, indicándole con este obsequio el concepto siguiente: «yo te amo».

Clotilde cogió el tenedor, tomó una aceituna y devolvió el tenedor con la otra a su atento compañero, respondiéndole con aquella acción, que sólo ellos comprendían: «y yo también te amo».

Duval estaba muy lejos de pensar que en un obsequio tan

sencillo pudiera encerrarse una protesta contra sus proyectos de felicidad.

Tenía un carácter demasiado imperioso y violento para haber podido tolerar de otra manera que se le disputase el amor de la mujer sobre la cual creía que le asistían sobrados derechos con la palabra de don Emilio, para no haberle exigido una seria satisfacción.

El doctor se había colocado enfrente de la hermosa Luz, para dirigirle a todas horas miradas de amor, que jamás encontraban correspondencia.

Leopoldo estaba inquieto; el señor Landeta le esperaba, y el almuerzo se prolongaba demasiado.

Por fin se sirvieron las frutas. Ricos y elegantes fruteros de porcelana de China ostentaban las más delicadas de los diversos climas de México.

Leopoldo, queriendo manifestar a su amada la determinación que había tomado, de atropellarlo todo antes de permitir que otro le robase la felicidad de su vida, sirvió a Clotilde una manzana, una ciruela y un hermoso melocotón. En la primera le declaraba ser «la más hermosa de las mujeres», aludiendo al juicio de París, que declaró por este medio ser Venus la más bella en la famosa competencia con Juno y con Minerva; en la segunda, este concepto: «me consume la desgracia»; y en el tercero: «mi amor es infinito y lo atropella todo».

Clotilde le dirigió una mirada tierna, que envolvía los mismos sentimientos.

—¿No tiene usted la bondad de darme una pieza de fruta, encantadora Clotilde?—le dijo Duval, que tenía algo distante de «sí el frutero».

Leopoldo oyó la impertinente súplica, y fijó los ojos para ver qué fruta le servía.

La joven comprendió lo que pasaba en el corazón de su amante; conocía los temores que le asaltaban de perderla; la desconfianza natural de todo el que de veras ama, y cogió una manzana que dirigió a Duval.

En el semblante de Leopoldo se pintó la satisfacción de un completo triunfo.

Y, en efecto, tenía razón para considerarse vencedor.

La manzana, servida por una joven a un hombre, entrañaba este concepto: «no os volváis a acordar de mí, olvidadme». Contrario en todo, como se ve, al que expresa dada por un hombre a una hermosa.

El joven pintor, era, pues, feliz. Contaba con la firmeza

de su amada para combatir por mucho tiempo, y con buen éxito, contra su rival; abrigaba la consoladora esperanza de destruir dentro de pocos días la calumnia levantada contra el hombre que le dió la vida, y que era el único obstáculo que se había presentado desde un principio al logro de sus deseos. La promesa del mendigo le anunciaba que iba a desaparecer la negra tempestad ante el sol de la verdad, y a brillar el cielo limpio, sereno y sin nubes para él. Leopoldo soñaba como sueñan todos los amantes, y su fecunda imaginación volaba por los espacios imaginarios de la felicidad, cuyos horizontes no tienen término.

Un joven se presentó en aquel momento en el comedor; iba en traje de caza; llevaba una excelente escopeta vizcaína ricamente cincelada. Leopoldo no advirtió su llegada; tan extasiado le tenían sus risueños pensamientos.

—¿Se va de caza, querido Félix?—le preguntó uno de los de la mesa.

—Voy a ver si encuentro algo que cazar; hoy es día de mi principal, don Felipe Flan; y puesto que está cerrado el almacén, voy a ver si mato algo.

—Estoy seguro de que esto lo conseguirás, aunque no sea más que el tiempo. ¿Y qué noticias corren por allá abajo?

—Ningunas, excepto la que sin duda sabrán ustedes ya, que tuvo lugar anoche en uno de los barrios más retirados del pueblo.

—Nada sabemos.

—Pues hubo algunos balazos en una casa, disparados sobre uno que había llegado a escalar la azotea.

—¿Cáspita!... ¿Y quién fué el asaltante?

—Un vagabundo; el mendigo improvisador.

Aquel nombre despertó de sus deliciosos sueños a Leopoldo, que prestó oído atento a la conversación.

—Y ¿le cogieron?

—No; pero le dieron un balazo, que servirá de escarmiento a otros malhechores.

Leopoldo hizo un movimiento involuntario y palideció.

—¿Pues qué! ¿Le mataron?

—Le llevaron herido, y no sé si habrá muerto ya.

—Pícaro menos.

—Lo que hay que lamentar es, que uno de los tiros fué a dar a otra persona que casualmente pasaba por la calle en aquel momento.

—Y ¿qué persona era esa?

—Don Diego Rondal.

—¿El esposo de Elisa, la hermosa española?

El doctor fijó la atención en lo que hablaban.

—Sí, mi vecino.

—Pero, ¿qué iba a hacer por allí a esas horas?

—Había perdido al juego cuanto llevaba, y para distraerse sin duda fué a pasearse por allí.

—¡Pobre Elisa!...—dijo una de las señoras—. ¡Cuán desgraciada es la infeliz!... Siempre sola y triste, cuidando de sus tiernas criaturas, rogando por su esposo, mientras él no se ocupa de otra cosa que de perder en el juego cuanto adquiere.

—Es, ciertamente, digna de compasión—contestó Félix—; porque es una mujer en extremo recomendable.

El almuerzo terminó, y todos se levantaron de la mesa.

Leopoldo tenía el corazón oprimido; la estrella de su esperanza, que se le había presentado brillante en medio de las tinieblas, empezaba a eclipsarse otra vez.

Abatido con el peso del dolor, se despidió de la concurrencia, pretextando ocupación, y luego, dirigiéndose a Clotilde, le dijo en voz baja:

—Si ese hombre ha muerto, los obstáculos que creía vencidos se presentan de nuevo; él era mi esperanza; su secreto iba a devolverme la amistad de tu enojado padre; pero sean cuales fueren los escollos que se presenten, yo lucharé con la suerte y venceré. Adiós.

Y Leopoldo se alejó triste y pesaroso, dejando a Clotilde entregada a la más profunda melancolía.

CAPITULO VII

La entrevista

¡Qué largos son los males, y qué breves las dichas de la tierra!

Leopoldo, desde que la calumnia hincó su enconoso diente en la honra del autor de sus días, se vió condenado a marchar por un camino sembrado de penas y de injusticias, que se eslabonaban en otros mil y mil desengaños que le esperaban en cada paso que recorría.

En la espinosa senda de pesares y desdichas que atravesaba, alcanzó a conocer a la hermosa Clotilde, peregrina estrella de radiante luz, que le hizo entrever otro mundo más